

IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS "EUGENIO ASENSIO"

CURSO 2017-2018

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A

Ariana Valeria Valenzuela Muñoz.

Colegio Ecuatoriano Español América Latina.

Quito, Ecuador.

Un cuento de tapires

Cuando mis padres me dijeron que pasaríamos nuestras vacaciones de Navidad en la Amazonía, me quede estupefacta, no lo podía creer, se me hacía tan raro pasar del ruido de la ciudad a la tranquilidad de la naturaleza.

En algún momento debía pasar debido a que mi padre es biólogo y mi madre es una renombrada escritora y siempre están en busca de aventuras. Mencionaron que nos iríamos al día siguiente. Pasaríamos una semana allá y regresaríamos después de hacer los rituales indígenas de año nuevo.

Llegamos a un pueblito y nos subimos a una canoa grande y fuerte por lo que al instante supe que nunca se hundiría con nosotros arriba. Eso me hacía sentir confiada ya que tenía mucho miedo de que nos encontraran cocodrilos, anacondas, pirañas, la tortuga matamata y o el pirarucú, un pez gigante que puede llegar a medir tres metros de largo. Bajamos de la canoa y entramos en lo que sería mi nueva casa temporal durante las vacaciones. Era una cabaña sencilla en una comunidad indígena. Había tres hamacas y una mesa con cuatro sillas para comer.

Las actividades comenzaron desde el primer día. Mi padre fue en busca de una nueva especie a la que estudiar y mi madre por una historia con la que pudiera hacer volar su imaginación. Yo, por otra parte, estaría investigando la zona para así no perderme cuando empezaran las excursiones familiares.

Por la tarde, mientras caminaba cuidadosamente por la abundante maleza, me pareció ver una sombra de poca estatura y podría jurar que la sombra tenía lentes, intenté

atraparla pero se escabullía rápidamente. La perseguí durante una hora sin resultado alguno, definitivamente esta sombra no deseaba ser atrapada.

Al día siguiente reanudé mi caminata por el bosque amazónico. Todo transcurría con normalidad hasta que volví a ver la escurridiza sombra del día anterior, pero esta vez no lo pensé ni un instante y puse pies en polvorosa para atraparla. Al pasar al lado de un árbol hueco, pude notar que lo que fuese aquella sombra había dejado caer un libro. Era uno de mis favoritos desde que era pequeña, un libro que marcó mi vida: *El Principito*. Pero, ¿acaso la sombra era un animal? Si lo era, ¿cómo habría dejado caer un libro?, ¿será que los animales tienen una vida secreta y la lectura hace parte de ella?

Esta vez no podía quedarme de brazos cruzados, me propuse averiguar qué era la sombra que mantenía inquieta a mi mente. No paraba de imaginar las cosas más disparatadas.

Al tercer día me quedé en vigilia tras el árbol hueco, justo donde encontré desprevenido los dos días seguidos a la sombra desconocida. Además, también era el lugar en donde hallé el libro.

A las tres en punto llegué al árbol hueco, es decir una hora antes de lo indicado. Esperé sentada una hora y media, cuando de repente en cuestión de segundos no podía creer lo que veían mis ojos, simultáneamente llegaban cinco tapires, cada uno con libros en mano.

El primero en sentarse fue un tapir regordete que llevaba unos redondos lentes. El segundo, resultaba extraordinariamente desnutrido para ser un tapir, este no llevaba lentes, pero sí un grueso libro y una carpeta. Mis ojos no daban crédito a lo que veían, me resultaba casi imposible creérmelo. ¿Estaría soñando o de verdad observaba un grupo de cinco tapires intelectuales?

Los otros tapires no mostraban ninguna peculiaridad extravagante en comparación con los otros dos.

Cuando todos los tapires estuvieron sentados comenzó una discusión literaria sobre el último libro que habían leído: *El Principito*. Eso explicaba el porqué el día anterior encontré ese libro, que de seguro se le había extraviado a alguno de los animales intelectuales de la reunión.

Según mi criterio, los tapires no eran animales interesantes, pero después de descubrir su secreto pienso que son los animales más inteligentes que existen. Si estos curiosos animalitos participan de un club literario tal vez tienen una vida secreta que la humanidad desconoce.

Miles de ideas revoloteaban en mi cabeza mientras me encontraba de cuclillas detrás del árbol hueco. Atónita observaba con cautela este suceso extraordinario y poco común. Me mantuve en total discreción hasta que concluyó esta reunión.

No podía pensar en otra cosa. Llegué a la cabaña a las seis de la tarde, es decir tres horas después de mi partida. (Creo que de milagro no me perdí).

Al día siguiente me obligué a ir de nuevo al recóndito escondite de los tapires. Pero esta vez esa no fue su sala de reunión.

Seguí discretamente a la sombra regordeta con lentes hasta las orillas del río Napo y sencillamente me acomodé detrás de un arbusto. Me quedé estupefacta al ver que más de diez tapires llevaban una gorra de baño y se disponían a nadar en el río.

A mi lado se encontraba un cartel que decía: *clases gratuitas de nado sincronizado*.

Esta vez casi me caigo para atrás. ¡Quién se hubiera imaginado que podría haber competencias de nado sincronizado exclusivamente para tapires!

Eso explicaba la razón de por qué los tapires al huir de su atacante, se lanzan al agua y nadan tan rápido que logran huir de su depredador.

Un día antes de irme, cuando mi padre ya había recopilado algunos datos importantes sobre su trabajo y mi madre escrito mucho sobre la belleza de nuestra selva, decidí seguir por última vez a aquel peculiar grupo de animalitos.

Una vez más, descubrí que además de tener círculos literarios y practicar nado sincronizado también tenían su cena de fin de año. Pues, sí, el último día del año ellos estaban reunidos compartiendo una mesa de frutas silvestres, hojas de variadas formas y algunos vegetales de la zona. Eran vegetarianos.

Regresé rápido a la cabaña porque estábamos en una comunidad indígena y mis padres fueron invitados a hacer el ritual de fin de año con ellos. Mientras entonaban algunos cantos ceremoniales y nos limpiaban el cuerpo con unas hierbas, yo pensaba en los tapires.

Las personas de la comunidad nos invitaron luego a comer unos pescados asados en hojas y un poco de chicha. Mi padre comentaba sobre la extinción de muchos animales de la selva debido a la caza indiscriminada.

No me sentía muy orgullosa del género humano. Pensaba en que los seres humanos nos sentimos los reyes del mundo y no hemos prestado suficiente atención a los animales a quienes siempre hemos creído irracionales, cuando ellos nos dan una verdadera lección de vida.

Esa noche se terminaba la aventura y me apenaba no volver a ver al grupo de tapires. A la mañana siguiente, con maletas en mano, subíamos a la lanchita que nos llevaría de regreso. Sentí, de pronto, una sombra que se escondía por detrás de los árboles. A lo lejos vi por última vez al tapir de anteojos que parecía despedirse.

Pensé que tal vez todo fue producto de mi imaginación y que el ser hija de un padre biólogo y de una madre escritora me estaba enloqueciendo.

Cuando llegamos a casa descubrí un libro envuelto entre unas grandes hojas dentro de mi mochila. El libro se titulaba: *Cuentos de la selva*.

Si fue un regalo, nunca lo sabré, lo que sí sé es que ese día descubrí que: “en el mundo animal pasan las cosas más bellas de la vida”.

Y tal vez eso lo dijo alguien que primero fue un tapir.